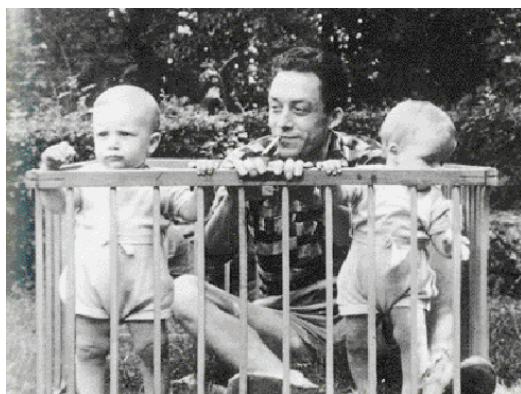




Camus, Picasso, Lacan, Eluard, Reverdy, Liéris, Simone de Beauvoir, Sartre, Leiris, Aubier...



El rey de Suecia, Gustavo VI, y los miembros de la Asamblea aplauden a Camus al concluir su discurso



El escritor con sus gemelos Jeany Catherine



En el taller de su taller tonelero, cuando tenía siete años

condición básica de la existencia del ser humano en el mundo, que si tiene un innegable aliento filosófico. La persona desea orden, un significado y propósito en la vida, pero se encuentra con el "silencio del mundo", la indiferencia ante sus deseos, de donde nace la sensación del absurdo. Ante ella, caben según Camus tres posibilidades. La primera, suicidarse, lo que rechaza de pleno por considerarlo una cobardía, por muy difícil que sea enfrentarse al sinsentido. La segunda, el amparo religioso, recluirse en un mundo feliz y esperanzado, lo que también carece de coraje. Y la tercera, aceptar el absurdo y sacar a la vida todo su provecho a pesar de que se sospeche de su falta de significado.

A pesar de este planteamiento, tan vitalista como pesimista. Camus dejó una vía para el sentido heroico de la existencia a través de la rebelión. Quien se rebela no lo hace sólo por sí mismo. En el acto de rebelarse está encarnando los valores universa-

les resultantes de una dignidad esencial. Pero fue esta teoría de la rebelión la que paradójicamente precipitó su exclusión, pues contrariaba los supuestos básicos del leninismo y de su revolución organizada. Hoy puede parecer incomprensible que a Camus le aislaran por defender estas teorías. Pero entonces él sabía lo que se jugaba, en un contexto extremadamente dogmatizado y dirigido por el clan de Sartre, el mandarín intelectual por excelencia.

Camus se había educado como si siempre hubiera sido un desplazado. Un europeo para los árabes de Argelia, un africano en Europa, un infiel para los musulmanes, un católico que dejó de serlo, un expulsado del Partido Comunista, un escritor y premio Nobel con una madre analfabeta.

Gracias a su falta de integración pudo construir una posición ética que apelara a todos, a los integrados y a los desintegrados.

Iñaki Esteban



Argel, la avenida de la República, frente al mar

Historia de una ruptura

Una de las más sonadas rupturas de todos los tiempos, en el campo intelectual, es la Albert Camus y Jean-Paul Sartre. O viceversa, para ser más exactos. Le supera en transcendencia a la otra que se merece el calificativo de histórica es la Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, si bien aquí parece que hubo un asunto de celos más que discrepancias de orden literario.

Los hechos son bien conocidos. Cuando publica *El extranjero*, los dos se hacen amigos. Sartre apoya a Camus y escribe textos de gran altura sobre su obra. Hasta que la publicación de *El hombre rebelde* los separa y el filósofo, con un enorme poder en Francia, se declara en guerra contra aquel a quien le gustaba que sólo le llamasen escritor.

Ahora los dos vuelven a coincidir, en las librerías. A la publicación de *Albert Camus. Solitario y solitario* se añade *Conversaciones con Sartre* (Sexto Piso), del norteamericano John Gerassi. Ameno, revelador, desafiante intelectualmente, este último libro resume algunas de las entrevistas que Gerassi le hizo a Sartre para escribir una biografía del francés.

El biógrafo, hijo del pintor español Fernando Gerassi, exiliado en Estados Unidos, conocía al filósofo desde joven. Al ser expulsado de la universidad esta-

dounidense por su militancia contra la guerra de Vietnam, el entrevistador empezó a enseñar en la Universidad París VIII, en Vincennes, y cenaba todos los domingos en La Coupole con Sartre y Simone de Beauvoir. También solía ir la novia de Gerassi, Catherine.

En unas vacaciones se fueron los cuatro a Nîmes, y él encontró a Sartre y Catherine agachados. El filósofo le explicaba que las hormigas siempre se saludaban entrechocándose la cabeza y luego cogía su camino por la izquierda. "¿Cree que eso demuestra que la naturaleza es de izquierdas?", le preguntó Catherine.

Una noche de domingo, Gerassi acudió sin ella a La Coupole. Les confesó con lágrimas en los ojos que habían roto. "Sartre me miró de lado a lado con sus ojos bizcos y luego declaró: Pues lo envidio. Yo nunca he llorado por una mujer". Beauvoir asistió abochornada a esa declaración, que Sartre trató de explicar con su distinción entre la relación necesaria, la que mantenía con Simone, y las contingentes; es decir, todas aquellas que le salieran al paso. Según Gerassi, Beauvoir oyó de nuevo ese discurso, y pensó en todas las veces que ella sí había llorado por sus amantes.

